

Textos asturianos de los siglos IX y X: ¿Latín bárbaro o romance escrito?

ROGER WRIGHT
UNIVERSIDAD DE LIVERPOOL

Armando Cotarelo Valledor llamó a la segunda mitad del siglo IX “una época de total decadencia literaria” (1933:538). Manuel Gómez Moreno llamó al texto de la Crónica Albedense “clásico dentro de su barbarie” (1932:565), y al texto rotense de la Crónica de Alfonso III de “estilo bárbaro” (1932:585). La lengua de este texto también viene calificada de “bárbara” por Valdeavellano (1952:480), Sánchez Alonso (1941:111) y otros. Miguel Stero se refirió a su “latín torpe” (1946:126). Pero el rey Alfonso III y los de su corte no eran ni bárbaros ni torpes ni totalmente decadentes, y ya es hora de reenfocar, de una manera más generosa y más comprensiva, la evaluación que damos a sus textos. Es lo que se pretende conseguir en esta contribución.

1. *La Crónica de Alfonso III*

Tres veces en los últimos años se han editado las dos versiones de la *Crónica de Alfonso III*; lo han hecho el alemán

Jan Prelog en el año 1980, Juan Gil en 1985, y el francés Yves Bonnaz en 1987. Como se sabe, la primera versión que sobrevive de esta Crónica, la llamada “rotense”, se preparó en lengua poco clásica. Prelog la editó más o menos así como la encontramos en los manuscritos más viejos, lo que a Bonnaz no le agradó:

Quoique bien supérieure aux précédentes, elle est accompagnée d'un appareil critique un peu lourd, et le texte n'est pas suffisamment dépouillé des formes incorrectes et des altérations graphiques des manuscrits les plus anciens, dont le maintien ne paraît pas toujours justifié. (viii)

Bonnaz no lo hace así en su propia edición:

Nous avons donc choisi dans notre édition la variante conforme au latin classique chaque fois que nous l'avons jugé possible... nous avons enfin recouru à la correction personnelle. (xliv-xlv)

Eso es, Bonnaz escoge lo que cree que se debió escribir, aunque sepa que así no sería siempre el texto original; supone -como se solía creer hace décadas- que sea probable que cada variante no clásica se deba a copistas malos, aunque ahora sabemos que los copistas solían más bien corregir que deformar. Considerando la “extremada corrupción” del latín de las copias más antiguas, Bonnaz hace esta pregunta que quiere que se entienda como retórica:

Fallait-il conserver toutes ces formes incorrectes

sous prétexte qu'elles venaient de manuscrits de haute époque et que leur latin aurait été le plus conforme au latin en usage au IXe siècle? En réalité, le fait qu'elles ne se répètent pas systématiquement dans ces manuscrits et qu'elles voisinent avec les formes grammaticales les plus classiques permet de penser qu'elles ne sont pas toujours très significatives... (xliv)

Juan Gil en cambio contestaría que sí; que conviene mantener los detalles originales siempre que sea posible, advirtiéndonos que:

El lector se va a encontrar con un texto que le va a semejar a veces bárbaro y caótico, muy lejos de las ediciones pulcras y normalizadas al uso clásico que están de moda... así, en su supuesta barbarie, el texto nos sobrecoge más y nos introduce en otro mundo... (59-60)

Así que él también se refiere a la supuesta barbarie, aunque reproduciéndola.

Los lingüistas, desde luego, preferimos que los manuscritos se editen sin enmienda alguna. Necesitamos todos los detalles auténticos, por muy poco significativos que parezcan a los historiadores. Este deseo se oye gritado cada vez más fuerte: un volumen entero reciente de la revista de los medievalistas estadounidenses, *Speculum* (el 65.1, de enero de 1990), se dedica precisamente a articularlo. Si los textos se publican con disfraz clásico, nunca podremos examinar su lengua con la debida exactitud. Así que, por

ejemplo, lo que dice Bonnaz sobre el escaso valor de ortografías malas pero poco consistentes se encuentra totalmente opuesto a la verdad. Como sabemos de los estudios de József Herman (p. ej. Herman 1990), las estadísticas relativas, tanto de las formas "correctas" e "incorrectas" textuales como entre las distintas "incorrecciones", nos dan un importante indicio de la naturaleza del romance temprano; como sabemos de los estudios recientes de Erica García (p. ej. 1985), los cambios en progreso se revelan precisamente mediante cambios en tales proporciones estadísticas de las variantes; y como señala Cravens en un atinado estudio reciente, dentro de los textos que se quieren respetables todo error puede tener significación enorme. Pero comparando las ediciones recientes de la versión rotense de nuestra Crónica, vemos que a veces Bonnaz le ha alterado ligeramente la ortografía y la morfología. Así que Bonnaz hace lo mismo que hizo Lucas de Tuy; lo que hicieron los copistas del texto en el siglo XVI, que no sabían dejar el texto sin ir "adecuándolo a las exigencias clásicas" (Gil, p.59), lo mismo que hizo Ambrosio de Morales enfrentado con las obras de Eulogio de Córdoba (gracias a lo cual, los escritos de Eulogio quedan casi sin valor para las investigaciones lingüísticas); lo mismo que hacen todos los editores de las *Etymologiae* de Isidoro de Sevilla, incluso los más recientes; y lo mismo que hizo el redactor de la versión "erudita" (*Ad Sebastianum*) de esta Crónica, que se hizo en el mismo siglo X. Todos latinizan un texto que les parece demasiado bárbaro. Y sabemos que el redactor de la versión "erudita" de la Crónica no estaba corrigiendo la misma rotense sino otra versión anterior a las dos, como vemos del *stemma* que ahora parece ser más o menos seguro ("La Crónica de Alfonso

III procede de otro manuscrito leonés, que ha sido retocado antes de su transcripción en el rotense", Díaz y Díaz 1979: 37); la misma versión rotense lleva encima correcciones y adiciones (del mismo copista), aunque se supone versión elaborada sobre la anterior; y ésta a su vez es probable que haya sido versión retocada de un borrador. Así que aun la versión más "bárbara" que tenemos representa un peldaño bastante avanzado de esta escalera secular de clasicización sin cesar.

Gómez Moreno se refirió a la "barbarie" del texto, diciendo sin embargo que "todos sus defectos... son rasgos de espontaneidad y viveza inestimables" (1932:585); le doy la razón en parte, pero no se puede creer que este texto rotense haya sido espontáneo en el sentido de ser transcripción del habla de los autores. Se ha llenado de citas bíblicas, referencias martirológicas, fraseología legal, y rasgos de estilo literario de gusto visigótico. Estos detalles deben de haberse añadido por el deseo de alzar el nivel del estilo hasta más alto de lo espontáneo; si seguimos queriendo que todo uso poco clásico se llame bárbaro, el texto original (perdido) debe de haber sido toda una barbaridad.

Sin embargo, la perspectiva normal con la que se ha solido mirar estos textos lleva consigo una petición de principio. Se supone que los autores hayan querido escribir el latín, concibiéndolo como otra lengua distinta de su vernácula normal. Pero es probable que no hayan querido en absoluto escribir el latín, ni el latín clásico del lejano pasado, ni el latín medieval del imprevisible porvenir, sino el estilo más respetable que podían de su propia lengua, vernácula, romance. No era fácil, porque todavía no tenían otra manera oficial de escribir sino la anticuada, porque aún

no habían inventado ni la escritura romance ni las transcripciones fonéticas; y querían producir, puliendo y limando, un texto cada vez más respetable; pero en el fondo es un texto romance, escrito en un estilo altísimo y a veces pesado, más bien que un texto latín escrito en un estilo bajísimo. (Sólo digo romance sin precisar más; no creo que valga la pena hacer precisiones geográficas, antes del siglo trece, ni creo que las hayan erigido tampoco ellos, y por eso no lo llamo "el asturiano temprano"; véase Wright, en prensa, b). De esta manera devolvemos su dignidad profesional a estos autores asturianos, porque no escribían mal el latín, sino que escribían bien el romance de su día. No eran tontos de remate sino profesionales inteligentes.

2. *El romance temprano y la filología románica*

Conviene aquí recordar cómo ve la filología románica al estado lingüístico de la Península Ibérica de los siglos nueve y diez. Primero se debe notar que la lengua que hablaban ellos no se puede en absoluto llamar "bárbara" en sí.

A veces se ha dicho que tanto la evolución de las lenguas románicas desde su raíz en el latín hablado del imperio romano, como su divergencia entre sí, se deben, al menos en gran parte, a la desintegración política del Imperio. Algunos filólogos de la primera mitad de este siglo (por ejemplo, Muller, 1929) aplazaron la fecha, tanto de la evolución como de la divergencia, hasta principios del siglo siete. Esta fecha tan tardía les parece ahora inverosímil a los lingüistas, porque se sabe de cierto que la evolución lingüística no

puede detenerse así durante varios siglos enteros. Sin embargo, algunos historiadores y latinistas, desgraciadamente, siguen confiando en esta fecha. En lugar de ésta, algunos filólogos reconstruccionistas han preferido trasladar la fecha de las evoluciones y de las divergencias hasta mucho antes de fines del imperio, e incluso hasta antes de su principio: De Dardel (1983), por ejemplo, data la separación del proto-romance sardo del proto-romance general al segundo siglo antes de Jesucristo. Esta fecha a su vez les parece inverosímil a los latinistas e historiadores, que no ven que hayan existido intérpretes que mediaran entonces entre los sardos y los romanos. De esto resulta, desafortunadamente, que los especialistas de la filología románica y los de la historia medieval temprana han dejado de tomarse en serio los unos a los otros.

Pero en verdad no resulta difícil conciliar las dos perspectivas. En efecto, muchas evoluciones 'románicas', sí, empezaron temprano, pero para todos los fines prácticos la divergencia geográfica sucedió muy tarde. Alberto Varvaro (p.ej. 1991) lo viene solucionando con bastante claridad, ya que tiene en cuenta las experiencias sociolingüísticas de las comunidades modernas de parecida extensión (como las del inglés, del francés e incluso del italiano modernos). Todas estas comunidades abarcan dentro de sí gran variación, geográfica, sociolingüística y estilística, y cuando surgen nuevos fenómenos lingüísticos -lo que sucede cada día- éstos consiguen caber dentro del gran mosaico. Así podemos vislumbrar que muchas de las evoluciones fonéticas y morfosintácticas que quieren postular los filólogos románicos sí empezaron temprano, eso es, antes de fines del Imperio, sin que las formas antiguas que tenían la misma función

hayan desaparecido totalmente sino hasta muchos siglos después. Menéndez Pidal propuso más o menos lo mismo hace años ya (1926) mediante su uso de la frase *estado latente*. Usando esta perspectiva vislumbramos una sola comunidad de habla monolingüe protorromance occidental hasta el siglo ocho e incluso el nueve; este monolingüismo se volvió poco a poco más complejo, pero aun así no parece que a nadie se le haya ocurrido entonces la idea explícita de que las dificultades comunicativas fueran tantas que se trataba de lenguas diversas, ni diastráticas ni diatópicas (ésta es la conclusión reciente de, por ejemplo, Herman 1988, Van Uytvanghe 1989, Banniard 1989). Se trataba de un monolingüismo complejo.

En su libro reciente el medievalista francés, Michel Banniard, por ejemplo, escribe que los habitantes de la Romania de estos siglos pertenecían a un único *ensemble linguistique* (187) en el que seguía existiendo una simbiosis funcional entre las formas habladas y las escritas (197). Los analfabetos, por ejemplo, tenían suficiente pericia pasiva como para entender las homilías y las historias de santos y otras cosas que se les leían (204). Esta perspectiva, del monolingüismo complejo, mantiene lo que de veras estableció Muller, eso es, que nadie hizo en aquellos siglos distinciones metalingüísticas entre el latín y el romance, sin su conclusión de que el latín pudo permanecer a principios del siglo siete más o menos igual que lo que era en el primero. No había nunca un estado de inmovilismo lingüístico. El latín, lo mismo que todos los otros idiomas, nunca se fijó en estado de perfección estable. No se ha detenido nunca su evolución, ni antes del Imperio, ni durante el Imperio, ni tampoco después. No tiene sentido considerar la pregunta

de “¿cuándo empezó a cambiar el latín?”. Llámese el indo-europeo, el itálico, el latín, o el romance, no ha dejado nunca de evolucionar (cámbiese su nombre o no). Sigue evolucionando hoy en día, sin que por ello debamos llamar “bárbaro” a ninguno de estos estados de lengua.

Pero aunque parece absurdo, se ha calificado de barbarie al habla de comunidades enteras durante siglos enteros. Muchas veces se ha dicho que el romance temprano era de por sí de una calidad “inferior” al latín del Imperio. No creo que este juicio tenga mucho sentido, ni en general, ni en la fonética, ni en la morfosintaxis, ni en la semántica. Había cambios culturales, claro está. Por ejemplo, algo que sí podemos conjeturar es que las comunidades de habla romance de entre los siglos cinco y once eran menos letradas que las del Imperio; eso es, que escribían menos. Como señala Banniard, sin embargo, ya que seguían usando tabletas de cera y papiros fácilmente biodegradables, es probable que hayan escrito mucho más de lo que ahora pensamos, sin querer guardarlo durante siglos. También escribían en pizarras, algunas de las cuales por casualidad sobreviven (Díaz y Díaz 1986; Velázquez, en Fontán y Moure 1987:135-38).

El romance temprano, cuando se escribía, no tenía más remedio que manifestar (al menos en el borrador inicial de cualquier texto) más rasgos de estilos orales que los que se ven en los estilos escritos artificiales del latín clásico. Los rasgos de oralidad no son, en sí mismos, ni malos ni decadentes. En los contextos orales, todos los idiomas ofrecen más flexibilidad y mayores matices que en los contextos escritos; permiten efectos sutiles de la entonación, del orden de palabras, de la topicalización, de los deícticos, de la prag-

mática, de estilos y de registros muy variados entre sí, de efectos causados por las relaciones entre la información ya sabida y la nueva, de la interacción con un público allí presente, etc.; en total, muestran una exuberancia, y una complejidad, que apenas se logra nunca en lo escrito, ni siquiera en las obras de los mejores dramaturgos.

Pero los testimonios que sobreviven están todos, desde luego, escritos. La lengua escrita suele estar, casi por necesidad, estandarizada. La estandarización de la escritura suele hacerse limitando las opciones que existen ya en la oralidad, escogiendo de entre esta extensa gama de posibilidades. Como consecuencia de esto, muchos rasgos orales que no se han escogido en un principio para que se representen en la norma escrita, van a parecerles después, a los gramáticos, que tienden a confundir la moralidad con la normalización escrita, como casos de decadencia. Los rasgos orales no escogidos tienden a desaparecer así de los textos, aunque sigan vivos en el habla normal. Éste era el efecto del *Ars Grammatica*; muchos usos normales del habla se decretaban como malos, y apenas se usaban en la escritura; y por eso, como ya vimos, copias hechas de obras ya escritas se cambiaron a propósito para concordar con la norma.

La llegada de los nuevos rasgos morfosintácticos del romance temprano, en la medida en que podemos ahora vislumbrarlos, muchas veces habían tenido la consecuencia de ofrecer al habla mayor flexibilidad y versatilidad que la que había tenido antes. La nueva posibilidad no clásica de usar combinaciones de verbos auxiliares, por ejemplo (Green 1982), como en construcciones españolas tales como *habrían sido hechas*, o la de emplear construcciones que usaban la palabra *se* con función semántica pasiva más bien que re-

flexiva, trajeron consigo la posibilidad de explotar en el habla más matices semánticos que los que habían existido antes. Esto no era barbarismo, sino versatilidad. La llegada de las alternativas nuevas ha enriquecido los recursos de la lengua al proporcionarle materia útil con qué establecer contrastes con lo ya existente que muchas veces seguía durante siglos sin desaparecer.

Después del Imperio, y antes del siglo doce, la técnica de escribir (*Ars Grammatica*) seguía todavía la tradición estricta que había establecido Donato; la tradición continuó en la España visigótica hasta Julián de Toledo, y se seguía usando después de la invasión, tanto en la España musulmana como en la cristiana. A veces podemos vislumbrar otros métodos de escribir más bien experimentales, usados en textos de poca importancia tales como la famosa *Nodicia de kesos* (de fines del siglo X); pero si un texto se destinaba a que se guardara durante siglos, se le limpiaban la ortografía y la morfología, naturalmente, para conformar con la tradición. Porque en aquella época como en otras, las alternativas lingüísticas se concebían en términos morales; los usos distintos se contrastaban no sólo como antiguos o novedosos, espontáneos o pesados, formales o informales, etc., sino "correctos" o "incorrectos"; y la corrección creían que consistía en seguir los preceptos antiguos. Los escritores profesionales del romance temprano, de este complejo mosaico monolingüe, buscaban ante todo la corrección.

Desgraciadamente para los filólogos actuales, la corrección no consistía en absoluto en tratar de aproximarse a una transcripción exacta de los hábitos orales. No es así en la actualidad moderna, y no lo era entonces tampoco. Una de las tareas más importantes de los escritores de obras importan-

tes era la de descartar del borrador del texto toda cosa que no les habría parecido "correcta" a los gramáticos de los siglos cuarto y quinto. Desde luego, esto les restringía mucho en la escritura la flexibilidad lingüística del habla. Por eso estas crónicas parecen ahora tener estilo tan incómodo; creían que fuera preciso hacerlo así, creían que en esto consistía la corrección.

En esos siglos no tenían más remedio. Es cierto que más tarde, al menos después del año mil, la fonética y la morfosintaxis de las vernáculos francesas se representaban (en Francia) algunas veces en el pergamino sin su disfraz arcaizante, y algunas regiones españolas, las que tenían contactos franceses, pueden legarnos testimonios de que habían oído hablar de esta costumbre extraña. Los glosadores riojanos, al menos, parecen haberla imitado (y todos debemos darnos cuenta tanto de las investigaciones de Bézler, 1984/1985, que sugiere que la versión original del manuscrito glosado de Silos debe haberse escrito después del año '1060, como de las de Stengaard (1991a), que muestra cómo se usaban las glosas de diversos tipos al leer en alta voz). Pero antes de la llegada de la escritura romance en España, se escribía bien imitando a los viejos. En la *Crónica* escribían bien el romance.

3. *Fonética romance y ortografía tradicional*

En general, no hay por qué quejarse de la estandarización ortográfica. Tiene fines prácticos aunque a veces las tradiciones ortográficas nos ocultan gran variabilidad fonética.

Por ejemplo, en los textos asturianos del siglo diez la letra *t* podía representar al sonido inicial [t] (como en la palabra escrita *tenere*), al sonido [d] e incluso al sonido [ɔ] intervocálicos (como en la palabra escrita *pratum*; véase Walsh, 1991), al sonido [dz] (como en la palabra escrita *ratione*), al sonido [ts] (como en la terminación escrita *-antia*) antes de la *yod*, o incluso a nada (∅ final, como en la palabra escrita *sunt*). Al leer lo ya escrito, estas imprecisiones no importaban en absoluto. La mayor finalidad práctica que tiene la escritura es la de que los lectores reconozcan las unidades léxicas, sean cuales sean los fonemas; así funciona la escritura logográfica del chino, y así funcionaba en gran parte la lectura del romance español del siglo diez. Los que habían aprendido a leer habían aprendido las normas tradicionales, y no tenían problemas para reconocer la palabra escrita *tenet* como la [tjéne] hablada, a la palabra escrita *pratum* como [prádo] (o [práɔ]), a la palabra escrita *sunt* como [son], etc. A los que no habían aprendido a leer no les habría ayudado para nada otra escritura más “fonética”, eso es, más isomórfica con los fonemas, y los letrados ya sabían hacerlo de la manera tradicional. Es lo que pasa en el francés y en el inglés modernos, en que las tentativas de establecer nueva ortografía fonética siempre fracasan por tales razones prácticas. Por eso, como sabemos, las formas escritas de una manera “correcta” anticuada no llevan consigo la implicación de que no haya cambiado la pronunciación después de la estandarización ortografía, ni en la *Crónica de Alfonso III* ni en los libros modernos ingleses o españoles.

Ni debemos andar despistados por el caso contrario, en que parece haber habido una uniformidad relativa de pronunciación que sin embargo se representaba en la escri-

tura mediante una variedad de formas escritas. Como ya señaló Alarcos Llorach (1982:25), tal variedad escrita no significa, no nos puede significar, que existía exactamente la misma gama de formas fonéticas que la de las formas escritas. Según el aparato de Prelog, algunas palabras de la *Crónica* llevan hasta ocho variantes escritas en los manuscritos, pero no es de suponer que se pronunciaba la palabra de ocho maneras distintas. Veamos, como pequeño ejemplo, cómo se escribió el nombre del rey Bermudo en la rotense. Es el sujeto sintáctico de sus dos usos en el capítulo 20; encontramos las formas escritas *Ueremudus*, *Ueremudo*, *Ueremundus* y *Ueremundo*. Prelog imprime *Veremudo*, Gil *Ueremudus*, Bonnaz *Veremundus*. La rotense misma lleva *Ueremudo*, y me parece que conviene imprimirlo así, porque ciertamente no se usaba en el habla ni la [n] ni la desinencia [-us], y las formas que llevan escritas *n* y *-us* las presentan sólo por el afán de la corrección. Muchas veces la falta de uniformidad se produce por tentativas inconsistentes de alcanzar la corrección ortográfica. Muchos filólogos ahora se dan cuenta de lo que pasaba aquí, en los casos en que la confusión era más bien ortográfica que fonética; véanse los dos estudios valiosos, por ejemplo, de Puentes Romay (1986a, b) y el estudio importantísimo de Carmen Pensado Ruiz (1991). Ésta ha investigado las faltas de consistencia ortográfica dentro de los documentos legales leoneses de esta época, deduciendo que los escritores medievales estaban, al menos, consistentes en tratar de escribir su lengua lo mejor que sabían. Las variaciones ortográficas no significan nada más que esto. Trataban de hacerlo bien, según reglas (p.ej. “representar el sonido [we] como la letra *o*; usar desinencias en vez de preposiciones”, etc.), pero no conseguían

aplicar las reglas de una manera consistente.

La conclusión que podemos sacar en cuanto a la fonética y la ortografía es ésta: de que el latín del Imperio, el romance temprano, y el castellano del siglo trece, y el de hoy, abarcan todos dentro de sí variación fonética de un tipo normal y funcional, sin desmoronamientos. No hace falta llamar a la fonética del romance del siglo diez ni “deca-dente” ni “balbuciente” ni “incipiente” ni “desintegrada” ni “inferior” a la del latín imperial, ni tampoco a la del caste-llano moderno; y si su ortografía muchas veces ni era la del siglo cuarto ni era transcripción fiel de su fonética, esto no habría sido muy importante en la práctica.

4. La morfosintaxis

Se puede decir lo mismo de la morfosintaxis: que hay ani-somorfismo entre el habla y la escritura “correcta”, pero que esto no era en sí síntoma de barbarie. Ya vimos que la lle-gada de las nuevas alternativas dentro del habla del Imperio tardío aumentó la versatilidad y la flexibilidad del habla. Igualmente, en la morfosintaxis del castellano medieval había a la vez formas nuevas y antiguas, pero esto no causó problemas entonces mayores que los de hoy ni que los del Imperio Romano. Como ya vimos, esta variación tenía su valor práctico más que nada en el habla. Por ejemplo, en el siglo X había dos formas “pluscuamperfectas”: *fiziera* (< FE-CERAT), la forma tradicional, y *avia fecho* (< HABEBAT FACTUM), la más nueva, compuesta con auxiliar. A primera vista, quizás esta coexistencia parece ejemplo de decadencia,

o al menos de confusión. Pero las formas distintas tienen fines distintos, y en esto la lengua medieval se muestra más sutil que la moderna y que la del Imperio Romano. Cheva-lier (1984) indica que las formas con *avia* deben analizarse como el imperfecto de las formas en *ha*, más bien que el pluscuamperfecto del presente; y Lunn y Cravens (1991) señalan que en el *Poema de Mio Cid* las dos formas desempeñan funciones pragmáticas diversas, en que *avia fecho* indica al oyente que “préstese atención: estas noticias son nuevas” y *fiziera* que “estas noticias ya se conocen en el discurso”. Ésta es una distinción de valor sobre todo oral.

Igualmente, es de moda ahora estudiar los pronombres átonos pleonásticos y al parecer redundantes. Riiho (1988) examinó estos usos de manera exhaustiva y concluyó que no llevaban ninguna función estrictamente gramática, pero que tampoco planteaban problema alguno en su contexto, siendo síntoma de la “exuberancia” del habla más bien que de decadencia ni de confusión. Silva Corvalán (1984) los analizó en el *Poema de Mio Cid*, concluyendo que reflejan los usos orales, desempeñando la función de dirigir la atención de los oyentes en el sentido apropiado. La versatilidad oral parece redundancia escrita en los textos; estos pronombres son síntomas del registro oral, y podemos suponer que existían también en el habla del siglo diez. Pero en el siglo diez sabían que no se debían incluir en un texto bien escrito, y por eso no lo incluían; así que a propósito oculta-ban la “espontaneidad y viveza” que vislumbró Gómez Moreno, porque así se escribía bien su propia lengua, según se les había enseñado. Díaz y Díaz (1976:225) se refirió a la “pobreza expresiva” de la rotense, pero eso era lo que hacía falta conseguir; así mostraban disciplina más bien que falta

de disciplina.

La conclusión morfosintáctica es igual que la fonética; no había en el habla desmoronamiento morfosintáctico, ni comunidades de habla menos eficaces. La lengua servía las necesidades de sus hablantes. Pero aquí como en la fonética, las relaciones entre el habla y la escritura se iban complicando cada vez más. Las variaciones morfosintácticas de la lengua de las Asturias del siglo nueve iban coincidiendo cada vez menos con lo que se les enseñaba al aprender a escribir. El problema surgía al escribir, más bien que en la lectura oral ni en el entendimiento de lo leído en alta voz. Parece seguro que la gente entendía muchas construcciones que no solía usar en su propia habla. Eso es, la competencia pasiva de entender lo escrito, y lo leído en alta voz, sobrepasaba con mucho la competencia activa. Así que había rasgos morfosintácticos del habla que no solían aparecer en lo escrito, además de rasgos escritos que no solían aparecer en el habla. Sin embargo, en general, la forma escrita tradicional de la lengua, aun cuando el texto tenía fines prácticos importantes, seguía entonces comprensible no sólo en las Asturias sino hasta en la Francia carolingia, como ha mostrado con seguridad McKitterick (1989). Ésta también es la perspectiva pan-romance de Banniard (p.ej., 1989:190). Como han mostrado de manera muy convincente Green (1991) y Stengaard (1991b:5.2.1), por ejemplo, las formas sintéticas de la voz pasiva se entendían por lo común en este siglo diez, aunque a lo mejor casi nadie ya las usaba de manera espontánea. Siempre hay un abismo entre el uso activo y el pasivo: los españoles modernos entienden el futuro del subjuntivo sin usarlo, los franceses entienden sus formas verbales pretéritas sin usarlas; pero en las Asturias del siglo

diez estas discrepancias se iban poco a poco acentuando.

Las *Artes Grammaticae* tradicionales se concentraban más que nada en la morfología, y con ellas resultó posible escribir bien las inflexiones tales como *-ibus* o *-atur*. En la *Crónica de Alfonso III* encontramos muchos usos de la voz pasiva sintética que no parecen en absoluto necesarios; los autores se habrían jactado de éstos, que mostraban la excelencia y la seriedad de la obra. P.ej.: “arma adsumunt, eriguntur fundiuali, abtantur funde, migantur enses, crispantur aste hac incessanter emittuntur sagitte”, cap.10 (Gil, p.128). La palabra escrita *emittunt* de la rotense se convirtió en *emittuntur* en la versión erudita y también en copias de la misma rotense, para la mayor gloria aún de la sintaxis. Con las desinencias nominales no tenían el mismo éxito; parece que sabían manejar las desinencias escritas, pero sin estar ciertos de cuándo era preciso. Por eso encontramos la forma normal de la vernácula, derivada del antes “acusativo” (pero que parece a veces “ablativo”), en cualquier posición sintáctica (como *Veremudo* con *-o*, ya mencionado).

5. Vocabulario y semántica

De la misma manera, en estas sociedades del temprano medioevo romance, la mayoría de la gente podía entender muchas entidades léxicas que ya no usaban de manera activa. Los escritores, buscando lograr la corrección, muchas veces imitaban a propósito textos del pasado. Esto es siempre lo que hacen los abogados, desde luego, pero cuando los investigadores modernos buscan modelos anti-

guos de la fraseología de los textos más literarios del siglo nueve también los encuentran, hasta para las frases al parecer menos significantes. Lo hace Bonnaz en su edición de la *Crónica*, por ejemplo, sin que consigamos saber si las frases más tempranas eran coincidencia o modelo. Para nosotros, los románticos de un milenio después, esta técnica cuidadosa de composición mediante imitaciones nos parece contraproducente. En la *Crónica de Alfonso III* no se trata meramente de seguir las otras Historias que les servían de fuentes; allí, por ejemplo, como indica muy claramente Gil en su edición, la conversación que entablan Pelayo y Oppa antes de la batalla de Covadonga en el capítulo nueve tiene modelos detallados en la Biblia y en la hagiografía. Ni nosotros ni los primeros lectores de esta *Crónica* habrían podido saber si se escondía algo verdadero debajo del relato así presentado, pero eso no les importaba gran cosa a los autores; así escribían bien.

Éste también es un síntoma de las discrepancias que había entre el habla y la escritura. No significa nada de por sí en cuanto a la naturaleza del habla. La hipótesis tan reiterada, de que no tenían más que una lengua bárbara y balbuciente, parece a veces sólo factible si queremos sugerir que nadie haya hablado en absoluto durante siglos enteros. Se ha dado por sentado, según parece, entre algunos filólogos que todos los habitantes de la España Medieval eran estúpidos, de modo que no hace falta construir una explicación verosímil de los textos que escribieron. Tal hipótesis no les agrada a los historiadores, que vislumbran allí a muchos individuos inteligentes que trataban de superar obstáculos prácticos en muchas áreas de la vida normal, no sólo en la escritura. En general, la España de estos siglos no era época de total bar-

barismo intelectual, decadencia lingüística y estupidez general. Era una época de cultura esencialmente oral; se iban acentuando cada vez más las diferencias (que existen en todas partes) entre el habla activa y lo escrito, pero los individuos no mostraban en general menos inteligencia que ahora. Quizás en la primera parte del siglo trece sea la única época en que era en general posible escribir en un estilo más o menos oral, sin las limitaciones y pedanterías de la estandarización, como lo era también en Francia (Fleischman, 1990).

6. *La lengua de la Crónica*

Espero haber mostrado que el habla de las Asturias del siglo diez no era en sí "bárbara". ¿En qué, entonces, consiste la supuesta barbarie? Parece que ésta se ha notado sólo en los esfuerzos intensos que hicieron para escribir de la manera dicha "correcta", descartando a muchas de las construcciones del habla normal, ateniéndose a la escritura casi logográfica tradicional, usando palabras y giros que encontraban en los textos antiguos y respetados. Eso no es barbarie, es seriedad.

Pero aun disfrazados, reconocemos que los textos son del romance de su siglo por detalles que no era posible escribir de manera correcta, o que no se les podían ocurrir que debían cambiar. Ya se sabe que los nombres de personas árabes, por ejemplo, no tenían forma "correcta". Tenían que improvisar. Lo mismo con los arabismos, y Corominas, entre otros, ha explicado bien que la palabra escrita *mollite* (cap.25: *alium mollite nomine Alporz*) es la palabra que surge

después en el topónimo *Muélledes* y que se dice ahora *muladí*.

Los cambios semánticos que se hallan dentro de estos textos también representan un indicio valioso (ya lo dije en Wright, 1987). Éstos no se mencionan en sus gramáticas, ni en su enseñanza. Por ejemplo, usaban la palabra normal [poblár*] (con el sentido que todavía tiene *poblar*), y lo escribían *populare*, que parece excelente, sin darse cuenta de que en el latín original esta palabra significaba “devastar” (véase Bonnaz, 135-36). Cito la edición de Gil:

...quum ciuitas Uiseo et suburbis eius iussum nostrum esset populatus (cap.7, p.122).

Estas palabras de la versión rotense se encuentran algo “corregidas” en la versión erudita, sin que este redactor se haya percatado de la anomalía semántica:

...quum Uiseo ciuitas et suburbana eius a nobis populata esset (p.123).

Hay otros usos iguales de la palabra en los capítulos 11 y 14 (los dos igualmente dotados de voz pasiva admirable e innecesaria). No era difícil conseguir la voz pasiva, truco de su profesión, ni la ortografía (que era más fácil que muchas de las formas ortográficas del francés moderno, por ejemplo), pero no podían ni sospechar la existencia del cambio semántico. (Las dos versiones usaban también la palabra romance [despobláron] (más tarde escrita *despoblaron*), representándola “correctamente” con *depopulauerunt*.)

Se ha notado también que la palabra escrita *consubrinus*

tiene en este texto el sentido moderno de “sobrino” en vez del original de “primo”:

Cindasuindus rex magnifice suscepit et in coniungio con-subrinam suam dedit (cap.2, p.116).

Magno uiro Egicani consubrino Bambani Regi (cap.3, p.118).

Éstos eran sobrinos de veras. Pero parece que en este caso el cambio no se había completado. Es probable que el cambio se haya efectuado mediante el uso de la palabra no prefijada (la que sobrevivió como *sobrino*) para designar a un primo de la generación menor (San Isidoro, *Etymologiae* IX.6); y esto se nota en el cap.20, en el que la palabra *subrinum* se usa para designar al futuro Alfonso II, hijo del primo del rey Bermudo:

Ueremudus... subrinum suum Adefonsum... sibi in regnum successorem instituit.

Pasa lo mismo si se han visto cambios semánticos en la morfología. Por ejemplo, el participio pasivo del romance no era dotado de tiempo verbal, pero antes se había usado específicamente para referirse al pasado. Así que en el romance, para significar el pluscuamperfecto de la voz pasiva añadían al participio del verbo léxico las formas pluscuamperfectas del verbo auxiliar, cuando antes habían añadido las del imperfecto. Al principio de la versión rotense leemos las palabras *sepultus fuisset* (Gil, p.114); en ese siglo la palabra pronunciada [fwése] (y más tarde escrita *fuese*) todavía

llevaba sentido pluscuamperfecto. Antes, para significar "había sido enterrado" en modo subjuntivo, habían usado *esset*. En el siglo XVI, el copista del manuscrito M lo cambió en *esset*, pero antes, no. Aquí leemos la forma con la semántica del romance.

Estos fenómenos no es que representen la "influencia" de la lengua hablada; la son, nada más. No necesitan otra explicación. Los que sí la necesitan son los que no la son, y su explicación se puede buscar en el ansia de la corrección.

Conclusión

¿Cómo describir, entonces, la lengua de esta Crónica? Los hay que hablan de "latín bárbaro"; Díaz y Díaz hasta la llama "latinidad ulcerada" (1976:225); Stero se refiere a su "estilo miserable", etc. Yo vengo llamándolo "romance escrito en estilo alto". Hoy en día solemos hacer esta distinción conceptual entre el latín y el romance que aún no se había inventado en la corte de Alfonso III. Creían tener una sola lengua, y conviene darles la razón¹. Tal vez parece que por esta misma razón no importa mucho si la llamamos "romance" o "latín". Pero sí, es importante; afecta la evalua-

ción que les damos. Llamarla "latín bárbaro" sugiere que hayan sido bárbaros, conclusión que no surge en absoluto si llamamos a su lengua "romance escrito en estilo alto". Hablar de barbarie sólo sería congruente si todos los asturianos de la corte de Alfonso III hubieran sido mentecatos, incultos e incompetentes; no creo, ni quiero creer, que todos hayan sido así, y supongo que los asturianos modernos no querréis creerlo tampoco. Construían iglesias, confeccionaban manuscritos, viajaban, se interesaban por el pasado y planeaban reconquistas, ideaban maniobras políticas y diplomáticas, llevaban una vida activa y compleja. Si cabe concluir que escribían bien la única lengua que tenían, lengua polifacética, versátil y vital, y llamamos a la lengua de los textos "romance bien escrito" -lo cual me parece no sólo más justo sino también más acertado- podremos deducir que al menos algunos de los asturianos de esa corte eran inteligentes, profesionales dignos y serios. Esto parece ser no sólo mucho más generoso sino mucho más probable.

¹ Usaban la palabra *vulgo* (y cognadas) para referirse al uso normal de la época, sin hacer distinción metalingüística sincrónica, pero a veces contrastando el uso moderno con el uso antiguo (véanse Van Uytfanghe, 1989, sobre la Francia; Wright, en prensa (a), sobre la *Vita Dominici Siliensis*; etc.). El único uso de *vulgo* en esta Crónica es así, al principio de la rotense:

...in uillam propriam uenit, cui nomen erat Gerticos, quod nunc a bulco appellatur Bamba (Gil, p.114, Prelog, p.5).

Moralejo lo traduce bien (p.194): "...que ahora es llamada por la gente Bamba".

Después de preparar esta contribución he leído el artículo de Collins (1990); me alegra ver que, mediante razonamientos enteramente diversos, llega a conclusiones parecidas a las mías.

Referencias

- Alarcos Llorach, E., (1982), *El español, lengua milenaria*, Valladolid, Ámbito.
- Banniard, M., (1989), *Genèse culturelle de l'Europe: V^e-VIII^e siècle*, Paris, Du Seuil.
- Bézler, F., (1984), 'Pour une revision de la date des Gloses de Silos', *Recherches Ibériques Strasbourg II*, 2:1-10.
- — (1985), 'Pénitence chrétienne et or musulman

- dans l'Espagne du Cid', *Recherches Ibériques Strasbourg II*, 3:68-90.
- Bonnaz, Y., (1987), *Chroniques asturiennes (fin IX^e siècle)*, Paris, CNRS.
 - Chevalier, J.C., (1984), 'Du plus-que-parfait', *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 9:5-47.
 - Collins, R., (1990), 'Literacy and the laity in Early Medieval Spain', en R. McKitterick (ed.), *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, Cambridge, Universidad : 109-33.
 - Cotarelo Valledor, A., (1933), *Alfonso III el Magno*, Madrid, Academia de la Historia.
 - Cravens, T.D., (1991), 'Phonology, phonetics and orthography in Late Latin and Romance: the evidence for early intervocalic sonorization', en R. Wright (ed.) *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge : 52-68.
 - De Dardel, R., (1983), *Esquisse structurale des subordonnants conjonctionnels en roman commun*, Ginebra, Droz.
 - Díaz y Díaz, M.C., (1976), *De Isidoro al Siglo XI*, Barcelona, Albir.
 - — (1979), *Libros y librerías de la Rioja altomedieval*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
 - — (1986), 'Algunos aspectos lingüísticos y culturales de las pizarras visigóticas', *Myrtia*, 1:13-25.
 - Fleischman, S., (1990), 'Philology, linguistics, and the discourse of the Medieval text', *Speculum*, 65:19-37.
 - Fontán, A. y A. Moure Casas, (1987), *Antología del latín medieval*, Madrid, Gredos.
 - García, E.C., (1985), 'Quantity into quality: synchronic indeterminacy and language change', *Lingua*, 65:275-306.
 - Gil Fernández, J., J.L. Moralejo y J.I. Ruiz de la Peña, (1985), *Crónicas asturianas*, Uviéu, Universidad.
 - Gómez Moreno, M., (1932), 'Las primeras crónicas de la Reconquista', *Boletín de la Academia de la Historia*, 100:562-628.
 - Green, J.N., (1982), 'Vers une théorie du renouvellement morphologique. Nouvelles perspectives sur la "voix impersonnelle"'. *XVI Congrès International de Linguística i Filologia Romàniques: Actes*, Vol.II, Palma de Mallorca, Universidad : 85-93.
 - — (1991), 'The collapse and replacement of verbal inflection in Late Latin / Early Romance: how would one know?', en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge : 83-99.
 - Herman, J., (1988), 'La situation linguistique en Italie au VI^e siècle', *Revue de Linguistique Romane*, 52:55-67.
 - — (1990), *Du latin aux langues romanes*, Tubingen, Niemeyer.
 - Lunn, P.V. y T.D. Cravens (en prensa), 'A contextual reconsideration of the Spanish *-ra* indicative', en S. Fleischman y L.R. Waugh (eds.), *Categories of the Verb in Romance: Discourse Pragmatic Approaches*, Londres, Routledge.
 - McKitterick, R., (1989), *The Carolingians and the Written Word*, Cambridge, Universidad.
 - Menéndez Pidal, R., (1926), *Orígenes del español*, Madrid, Espasa-Calpe.
 - Muller, H.F., (1929), *A Chronology of Vulgar Latin*, Halle, ZRPh.
 - Pensado Ruiz, C., (1991), 'How was Leonese Vulgar Latin read?', en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Lan-*

- guages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge: 190-204.
- Prelog, J., (1980), *Die Chronik Alfons' III*, Frankfurt, Lang.
 - Puentes Romay, J.A., (1986a), 'Acerca de la grafía del latín altomedieval', *Euphrosyne*, 14:97-112.
 - — (1986b), 'Notas sobre la grafía de documentos latinos altomedievales', *Verba*, 13:343-48.
 - Riiho, T., (1988), *La redundancia pronominal en el iberorromance medieval*, Tübingen, Niemeyer.
 - Sánchez Alonso, B., (1941), *Historia de la historiografía española*, Madrid, CSIC.
 - Silva Corvalán, C., (1984), 'Semantic and pragmatic factors in syntactic change', en J. Fisiak (ed.), *Historical Syntax*, Berlin, Mouton :555-74.
 - Stengaard, B., (1991a), 'The combination of glosses in the *Códice Emilianense 60 (Glosas Emilianenses)*', en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge :177-89.
 - — (1991b), *Vida y muerte de un campo semántico: un estudio de la evolución semántica de los verbos latinos STARE, SEDERE y IACERE del latín al romance del siglo XIII*, Tübingen, Niemeyer.
 - Stero, M., (1946), 'El latín de la Crónica de Alfonso III', *Cuadernos de Historia de España*, 4:125-35.
 - Valdeavellano, L., (1952), *Historia de España*, vol.I, Madrid, Revista de Occidente.
 - Van Uytfanghe, M., (1989), 'Les expressions du type *quod vulgo vocat* dans des textes latines antérieurs au Concile de Tours et aux Serments de Strasbourg', *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 105:28-48.
 - Varvaro, A., (1991), 'Latin and Romance: fragmentation or restructuring?', en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge : 44-51.
 - Walsh, T.J., (1991), 'Spelling lapses in early medieval Latin documents and the reconstruction of primitive Romance phonology', en R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge :205-18.
 - Wright, R., (1987), 'The study of semantic change in Early Romance (Late Latin)', *Papers from the 7th International Conference on Historical Linguistics*, Amsterdam, Benjamins :619-28.
 - — (en prensa, a), 'El latín y el ladino (siglos XI-XII)', *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, La Coruña, Barrié de la Maza.
 - — (en prensa, b), 'La metalingüística del siglo doce español (y la *Chronica Adefonsi Imperatoris*)', *Actas del Segundo Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco : 793-800.

